

Don Florestan se levantó en pié, é dijo: «Señor don Galvanes, otros están aquí mas entendidos y de mejor consejo que yo, los cuales para defender á Madasima teneis, é si por razon defenderse puede, esto seria lo mejor. Mas si la batalla necesaria es, yo la tomaré en el nombre de Dios, para la defender é adelantar vuestra palabra.— Buen amigo, dijo don Galvanes, yo os lo agradezco cuanto puedo, porque bien dais á entender que me sois leal amigo, mas si por armas se hobiere de librar, á mi conviene que lo mantenga; que yo lo prometí é yo lo pasaré.— Buenos señores, dijo don Brian de Monjaste, ambos decis muy bien; pero todos habemos parte en este fecho, porque lo que á Amadis acaeció con el Rey, fué darnos á entender á nosotros en lo que éramos tenidos; é lo que á él é á vos, señor don Galvanes, acaeció, así podiera avenir á cada uno de los que allí éramos; é si mas sobre este fecho no tornásemos, gran mengua á todos alcanzaria, aunque la causa principal de Amadis sea; que, pues juntos salimos é así estamos, lo de cada uno de nos de todos es; así que, en esto no hay cosa partida; y dejando aparte lo nuestro, Madasima es una doncella de las buenas del mundo, y es en aventura de la vida perder, é sus doncellas asimesmo; é como lo principal de la órden de caballería sea socorrer á las semejantes, dígovos que yo punaré que con razon sean defendidas; é cuando esta faltare, será por armas cuanto mis fuerzas bastaren para ello.» Don Cuadrágante dijo: «Cierto, don Brian, vos lo decis como hombre de tan alto lugar, é así creo yo que muy mejor lo faréis; que este negocio á todos atañe, y en tal manera lo debemos tomar, que nos tengan por hombres de gran recaudo; é sea luego sin mas tardanza, porque muchas veces acaesce con la dilacion prestar poco la buena voluntad, pues que la obra en efeto venir no puede en tiempo que aprovechar pueda; y acuérdeseos, señores, cómo aquellas doncellas están mezquinas, desamparadas, y que no por su voluntad fueron en aquella prision metidas, sino por aquella obediencia que Madasima á su madre debia; así que, aunque en lo del mundo algo del Rey contra ellas tenga, en lo de Dios no ninguna cosa; pues que mas por fuerza que por su querer se condenaron.» Amadis dijo: «Mucho me place, señores, en oír lo que decis, porque las cosas con amor é concordia miradas, no se debe esperar sino buena salida; é si así vuestros fuertes y bravos corazones en lo porvenir, como en este presente, lo tienen, no solamente el remedio de aquellas doncellas tengo yo en mucho, mas pasar á otras tan grandes cosas, que ningunos en el mundo iguales vos podiesen ser; y pues que todos estáis en este socorro, si vos ploguiere, diré yo mi parecer de aquel que facer se debe.» Todos le rogaron que lo dijese. Estonces él dijo: «Las doncellas son doce; yo ternia por bien que por doce caballeros de vosotros sean socorridas por razon é por armas, cada uno la suya; así juntos en uno, si ser podiere, ó repartidos, como la necesidad se ofrezca; é bien cierto soy que todos los que aquí estáis, segun vuestro gran esfuerzo, tomaríades esta afrenta por vicio é placer; mas ser no puede, pues que mas de doce no pueden ser, y estos quiero yo nombrar, quedando los otros é yo para las cosas

de mayor peligro que ocurrir nos puedan.» Estonces dijo: «Vos, señor don Galvanes, seréis el primero, pues que el negocio principalmente vuestro es, é Agrájes, vuestro sobrino, é mi hermano don Florestan, é mis cohermanos Palomir é Dragonis, é don Brian de Monjaste, é Nicoran de la Torre Blanca, é Orlandin, hijo del conde de Irlanda, é Gavarte de Val Temeroso, é Imosil, hermano del duque de Borgoña, é Madancil de la Puente de la Plata, é Ledaderin de Fajarque; estos doce tengo por bien que á esto wayan, porque entre ellos van hijos de reyes y de reinas y de duques y condes de tan alto linaje, que allá no pueden fallar ningunos que les par sean.» E á todos plogo mucho desto que Amadis dijo, é los nombrados se fueron luego á sus posadas para enderezar las cosas convenientes á la partida, que otro dia de gran mañana habia de ser; é aquella noche albergaron todos en la posada de Agrájes, é á la media noche fueron armados é á caballo puestos en el camino de Tasilana, la villa donde el rey Lisuarte estaba.

CAPITULO XXI.

Cómo Oriana se falló en gran cuita por la despedida de Amadis y de los otros caballeros, é mas de fallarse preñada, y de cómo doce de los caballeros que con Amadis en la insola Firme estaban vinieron á defender á Madasima é á las otras doncellas que con ella estaban, puestas en condicion de muerte, sin haber justa razon por qué morir debiesen.

Contado se vos ha cómo Amadis estuvo con su señora Oriana en el castilo de Miraflores sobre espacio de ocho dias, segun parece: que de aquel ayuntamiento Oriana preñada fué, lo cual nunca por ella sentido fué, como persona que de aquel menester poco sabia, fasta que ya la gran mudanza de su salud é flaqueza de su persona gelo manifestaron; é como lo entendió, sacó aparte á Mabilia é á la doncella de Denamarca, é llorando de los sus ojos, les dijo: «¡Ay mis grandes amigas! ¿qué será de mí, que, segun veo, la mi muerte me es llegada, de lo cual yo siempre me recelé?» Ellas, pensando que por la partida de su amigo é la soledad del lo decia, consoláronla, como fasta allí lo habian fecho. Mas ella dijo: «Otro mal junto con ese me ha sobrevenido, que nos pone en mayor fortuna é mayor peligro; y esto es que verdaderamente soy preñada.» Estonces les dijo las señales por donde lo debian creer; así que, conocieron ser verdad su sospecha, de que muy espantadas fueron, aunque gelo no dieron á entender, é dijole Mabilia: «Señora, no vos espanteis, que á todo habrá buen remedio, é siempre me tove por dicho que de tales juegos habríades tal ganancia.» Oriana, aunque habia gran cuita, no pudo estar que de gana no riese, é dijo: «Mis amigas, menester es que desde agora hayamos el consejo para nos remediar, é será bien que luego me faga mas doliente é flaca, é me aparte lo mas que ser podiere de la compañía de todas, salvo de vosotras; así cuando viniere la necesidad, remediarse ha con menos sospecha.— Así se faga, dijeron ellas; é Dios lo enderece, é desde agora sepamos qué se fará de la criatura cuando naciere.— Yo os lo diré, dijo Oriana: Que la doncella de Denamarca, si le ploguiere, como reparadora de mis angustias é dolores, querrá poner su honra en menoscabo, porque la mía con la

vida remediada sea.— Señora, dijo ella, no tengo yo vida ni honra mas de cuanto vuestra voluntad fuere; por ende mandad, que cumplirse ha fasta la muerte.— Mi buena amiga, dijo ella, tal esperanza tengo yo en vos, é la honra que agora por mí aventurádes yo la faré cobrar, si vivo, con mucha mayor parte.» La doncella fincó los hinojos é le besó las manos. Oriana le dijo: «Pues, mi buena amiga, faréis así: id algunas veces á ver á Adalasta, la abadesa del mi monesterio de Miraflores, como que á otras cosas vais, é cuando el tiempo de mi parir fuere llegado, iréis á ella é decirle heis cómo sois preñada, é rogale que, demás de vos tener secreto, ponga remedio en lo que naciere; lo cual vos haréis echar á la puerta de la iglesia, y que lo mande criar como cosa de por Dios, é yo sé que lo hará, porque mucho vos ama; y desta manera será lo mio encubierto, y en lo vuestro no se aventura mucho, pues que no será sabido, salvo por aquella honrada dueña, que lo guardará.— Así se fará, dijo la doncella, é muy buen acuerdo habeis tomado.»

Esto queda agora fasta su tiempo, é digamos del rey Lisuarte; cómo supo que la gigante Grimadaza no le queria entregar el Lago Ferviente é los otros castillos que ya dejamos, mandó á sí traer á Madasima é sus doncellas, por consejo de Gandandel é Brocadan; é venidas en su presencia, dijoles: «Madasima, ya sabeis cómo entrastes en mi prision por pleito que si vuestra madre no me entregase la insola de Mongaza con el Lago Ferviente é los otros castillos, que vos é vuestras doncellas fuésedes descabezadas. E agora, segun he sabido de las gentes que yo allá tengo, hame faltado de lo que me prometió; é pues que así es, quiero que vuestra muerte é destas doncellas sea en ejemplo é castigo para los otros que conmigo contrataren, que me no osen mentir.» Oído esto por Madasima, la su gran fermosura é viva color fué en amarillez tornada, y hincó los hinojos ante el Rey é dijo: «Señor, el miedo de la muerte face mi corazón muy mas flaco que yo, como tierna doncella, naturalmente tenia; así que, no me quedatdo sentido alguno, no sabe la lengua qué respuesta; é si en esta corte hay algun caballero que manteniendo derecho, por mí hable, considerando ser puesta en esta prision contra toda mi voluntad, fará aquello que es obligado, segun la órden de caballería, de responder por aquellas que en semejantes cosas se hallan; é si no lo hobiere, vos, Señor, que á dueña ni doncella que atribulada fuese nunca fallacistes, mandadme oír á derecho, é no vengza la ira é la saña á la razon, que como rey debeis mirar.» Gandandel, que muy aquejado estaba en su voluntad porque moriese, pensando con aquello encender la enemistad mas de lo que estaba entre el rey Lisuarte é Amadis, dijo: «Señor, en ninguna manera no deben ser estas doncellas oidas; pues que sin otra condicion alguna, salvo si aquella tierra no vos fuese entregada, á la muerte se condenaron, é por esto se debe luego, sin mas en ello dar dilacion alguna, la justicia ejecutar.»

Don Grumedan, amo de la Reina, que era un muy leal caballero é gran sabidor en todas las cosas de honra, como aquel que con las armas por obra lo experimentara, é con su sutil ingenio muchas veces lo leyera, dijo:

LC.

«Eso no fará el Rey, si á Dios ploguiere, ni tal crueza ni desmesura por él pasará; que esta doncella, mas costreñida por la obediencia debida á su madre que por su voluntad, fué en esta demanda puesta; é así como en lo oculto aquella humildad de Dios gradecida le será, así en lo público el Rey, como su ministro, siguiendo sus dotrinas, lo debe facer; cuanto mas que yo he sabido cómo en estos tres dias serán aquí algunos caballeros de la insola Firme, que vienen á razonar por ellas; é si vos, don Gandandel ó vuestros hijos, quisierdes mantener la razon que aquí dejistes, entre ellos fallaréis quien os responda.» Gandandel le dijo: «Don Grumedan, si vos me quereis mal, nunca os lo merecí yo; é si á mis hijos habeis así afrentado, bien sabeis vos que son tales que mantendrán como caballeros todo lo que yo dijere.— Cerca estamos de lo ver, dijo don Grumedan, é á vos no os quiero yo mas mal ni bien de como viere que al Rey aconsejais.» El Rey, como quiera que mucho contra toda razon á Amadis errara, y en su pensamiento toviese de le enojar en las cosas que le tocasen, no pudo tanto, que aquella nueva pasion que á la vieja é antigua virtud suya tenia pudiese vencer; é como oyó lo que don Grumedan dijo, plógole dello, é preguntóle cuáles eran los caballeros que venian por delibrar las doncellas, é él gelos contó todos por nombre. «Asaz hay ende, dijo el Rey, de buenos caballeros y entendidos.» Cuando Gandandel los oyó nombrar, mucho fué espantado é muy arrepentido por lo que de sus hijos dijera, que bien veía él que la bondad dellos no igualaba con gran parte á la de don Florestan é Agrájes é Brian de Monjaste é Gavarte de Val Temeroso. Y tanto que el Rey mandó tornar á Madasima é á sus doncellas á la prision, él se fué á Brocadan, su cuñado, con gran angustia de su corazón, porque las cosas le venian mucho al contrario de lo que al comienzo pensara, recibiendo el galardón que los méritos de la maldad merecen. Aquí acaeció lo que el Evangelio dice: «No haber cosa oculta que sabida no sea;» que este Gandandel se fué con Brocadan á su casa, en lugar apartado, para haber consejo sobre la venida de los caballeros de la insola Firme, como ante que llegasen trabajasen con el Rey cómo ficiesen matar á Madasima é á sus doncellas.

Pues allí estando Brocadan culpando mucho á Gandandel el mal que á Amadis ficiera en lo mezclar con el Rey sin que gelo mereciese, é todas las otras cosas que en aquella mala negociacion habian pasado, é mostrando gran cuita é pesar del mal consejo que tomaron, temiendo alcanzar presto la ira de Dios y del Rey, perdiendo sus honras é hijos, por cuya causa lo comenzarán, acaeció que una sobrina deste Brocadan, siendo enamorada de un caballero mancebo, que Sarquíles se llamaba, sobrino de Angriote de Estravaus, que teniéndolo encerrado en un destajo junto con aquella cámara donde ellos solos é apartados habian su consejo, oyó todo cuanto fablaban é sopó todos sus malos secretos, de que muy maravillado fué; y desde ellos se fueron, é la noche venida, salió de allí é armándose de todas sus armas en una casa fuerte de la villa, donde las dejara, cabalgó en su caballo en la mañana, como que de otra parte viniese, é fué al palacio del Rey, é fa-

blando con él, le dijo: «Señor, yo soy vuestro natural y en vuestra casa fui criado, é querriavos guardar de todo mal y engaño porque no errádes en vuestra hacienda, cumpliendo la ajena voluntad, y no há tercer día que estando en un lugar oí que algunos vos quieren dar mal consejo contra vuestra honra é buena nombradía; é dígoos que no déis fé á lo que Gandandel é Brocadan os dijeren en fecho de Madasima é sus doncellas; pues que en vuestra corte hay tales personas que con menos engaño vos aconsejarán, é lo que á esto me mueve vos lo sabréis é cuantos aquí hay antes de doce días; é si parádes mientes en lo que estos que digo vos dirán, luego podeis entender que algo dello sabía yo; y, Señor, quedad con Dios, que yo me voy á mi tío Angriote.—A Dios vayais», dijo el Rey, é quedó pensando en aquello que le había dicho, é Sarquiles cabalgó en su caballo é por un atajo que él sabía se fué lo mas presto que pudo á la insola Firme, é con el trabajo del camino llegó el caballo flaco y laso, que ya llevar no le podía, é falló á Amadís é Angriote é don Bruneo de Bonamar, que cabalgaban andando por la ribera de la mar, haciendo aderezar fustas para pasar en Gaula, que Amadís quería ver á su padre é madre; é fué bien recibido dellos. Angriote le dijo: «Sobrino, ¿qué cuita hobistes, que tan mal parado el caballo traeis?—Muy grande, dijo él, por os ver y contar una cosa que es menester que sepais.»

Entonces les contó cómo le toviera la doncella, que Gandaza había nombre, encerrado en casa de Brocadan, é todo lo que á él é Gandandel les oyera de la maldad que á Amadís habían con el Rey tratado. Angriote dijo: «¿Contra Amadís? ¿Paréceos, Señor, si mi sospecha era desviada de la verdad, aunque no me dejastes llegarla al cabo? Mas agora, si á Dios ploguiere, ni vos ni otra cosa me estorbará que claramente no parezca la gran maldad de aquellos malos que tan gran traición han hecho al Rey é á vos.» Amadís le dijo: «Agora, mi buen amigo, con mas certidumbre é razon que entonces lo podeis tomar é con aquella vos ayudará Dios.—Pues yo saliré de aquí, dijo Angriote, mañana al alba del día, é irá Sarquiles, en otro caballo, conmigo, é presto sabréis la paga que aquellos malos de su maldad habrán.» E luego se fueron á la posada de Amadís, que allí siempre con él estaba Angriote, é aderezaron todo lo que habían menester para el camino, é otro día cabalaron é fuéronse donde sopieron que el rey Lisuarte era, el cual estaba muy pensativo de las cosas que Sarquiles le dijera, y él aguardó por ver á qué podrían redundar. Pues un día vinieron á él Gandandel é Brocadan é dijéronle: «Señor, mucho nos pesa porque no teneis mientes en vuestra hacienda.—Bien puede ser, dijo el Rey, mas ¿por qué me lo decís?—Por aquellos caballeros, dijeron ellos, que de la insola Firme vienen, que son vuestros enemigos, é sin ningun temor quieren entrar en vuestra corte á salvar estas doncellas, por quien habeis de haber su tierra; é si nuestro consejo tomádes, antes que vengan serán ellas descabezadas, é á ellos enviarles á mandar que no entren en vuestra tierra, é con esto seréis temido; que ni Amadís ni ellos no osarán faceros enojo; que, segun la cosa en el estado en que es puesta, si de miedo no lo dejan, no

lo dejarán de virtud; y esto, Señor, mandadlo luego sin mas consejo ni dilación; porque las cosas apresuradamente fechas, semejantes como estas, mayor espanto ponen.» El Rey, que en la memoria tenia lo que Sarquiles le dijera, luego conoció que había dicho verdad en verlos cómo se acuitaban por la muerte de las doncellas, é no se quiso arrebatar, antes les dijo: «Vos decís dos cosas muy fuertes é contra toda razon: la una, que sin forma de juicio faga matar las doncellas; ¿qué cuenta daría yo á aquel Señor cuyo ministro soy, si tal ficiese? Que en su lugar me puso para que las cosas justamente semejantes á él en su nombre obrase, é si haciendo tuerto é agravio, pusiese aquel gran espanto en las gentes que decís, todo aquello con derecho é con razon caería al cabo sobre mí; porque los reyes que más por voluntad que por razon hacen las crueltas, mas confían en su saber que en el de Dios, lo cual es el mayor yerro que tener pueden; así que, lo verdadero é mas cierto para se asegurar cualquier príncipe en este mundo y en el otro, es hacer las cosas con acuerdo é consejo de personas de buena intención, é pensar que aunque al comienzo algunos entretalos se les pongan, en la fin, pues que por el justo juez han de ser guiadas, la salida no puede ser sino buena. La otra que me decís, que envíe á mandar que los caballeros no vengan á mi corte, cosa muy deshonesto sería desviar á ninguno que ante mí no pida justicia, cuanto mas que si son mucho mis enemigos, por mucha honra es á mí ser en mi mano é voluntad de hacer lo que ellos me suplicarán, é con necesidad vengan á mi juicio; así que, no faré ninguna cosa desto que me decís, ni lo tengo por bien; é mucho yo gran lo que contra Amadís me aconsejastes, de lo que me gran pena merezco, porque nunca dél é de su linaje recibí sino muchos servicios; é si algo en contra tovieran, otros algunos sopieran ó sospecharan dello; pero otra prueba no parece sino sola la vuestra. Consejástesme muy mal, é dañastes á quien nunca os lo mereció; yo, que erré, tengo la pena, é así creo que vosotros al cabo, si la verdad no trajistes, no quedaréis sin ella.» E levantándose de entre ellos, se fué para sus caballeros.

Gandandel quedó muy espantado cuando así vió al Rey; y porque no sabía ninguna cosa por donde afirmase lo que había dicho, Brocadan le dijo: «Ya no es tiempo, Gandandel, de tornar atrás; que en cosa tan dañada poco aprovecharía; antes agora con mas esfuerzo se debe sostener todo lo que al Rey dejamos.—No sé yo cómo se podrá eso hacer, dijo Gandandel; que no se hallaría persona que dijese sino lo contrario.» Así estaban revolviendo en sus entrañas, para que el yerro que ficiere fuese mayor; que esto es lo natural de los malos. Otro día cabalgó el Rey con gran compañía despues de haber oído misa; salióse al campo, é no tardó mucho que llegaron los caballeros de la insola Firme, que venían á la deliberación de Madasima é de sus doncellas; y el Rey, que los vió venir, movió contra ellos á los recibir; porque lo merecían, segun sus grandes bondades, é porque él era muy honrador de todos; y ellos fueron ante él con mucha humildad; é sus hombres armaron tiendas en el campo en que albergasen, é fasta allí fué el Rey con ellos; é queriéndose

ir, dijole don Galvanes: «Señor, confiando en vuestra virtud y en vuestras buenas é justas maneras, venimos á os pedir por merced que queráis oír á Madasima é á sus doncellas, é pasen por su derecho; é nos somos aquí para mantener su razon; é si con ella no podemos, no vos pese, Señor, que por armas lo sostengamos; pues no hay causa por donde ellas deban morir.» El Rey dijo: «Desde hoy mas id á folgar á vuestro albergue; que yo faré todo lo que con derecho deba.» Don Brian de Monjaste le dijo: «Señor, así lo esperamos de vos, que haréis aquello vuestro real estado et á vuestra conciencia conviene, é si algo dello faltare, será por algunos malos consejeros, que no guardan vuestra honra ni fama; lo cual si á vos, Señor, no pesase, faría yo luego conocer á cualquiera que lo contrario dijese.—Don Brian, dijo el Rey, si vos creyédes á vuestro padre, yo sé bien que me no dejaríades por otro, ni verníades á razonar contra mí.—Señor, dijo Brian, la mi razon por vos es; que yo no digo que fagais sino derecho, que no deis lugar á algunos que por ventura no vos servirán tan bien como yo, é no dañen vuestra bondad; é á lo que me decís, que si á mi padre creyese que vos no dejaria, yo no os dejé, porque nunca vuestro fuí, aunque soy de vuestro linaje; é yo vine á vuestra casa á buscar á mi cohermano Amadís, é cuando á vos no plogo que él fuese vuestro, fuéme con él, no errando un punto de lo que debía.» Esto pasó Brian de Monjaste que ois. El Rey se fué á la villa, y ellos quedaron en sus albergues, donde fueron visitados de muchos amigos suyos. De Oriana os digo que se nunca quitó de una finiestra, mirando aquellos que tanto á su amigo amaban, rogando á Dios que les diese vitoria en aquella demanda.

Aquella noche estovieron Gandandel é Brocadan con angustia de sus ánimos, porque no fallaban razon aguisada para sostener lo que comenzado habían; pero por mas peligro fallaban dejarlo ya caer; é por esto acordaron de lo llevar adelante. Otro día de mañana fueron á oír misa con el Rey los doce caballeros; é dicha, el Rey se fué con los de su consejo é con otros muchos hombres buenos á un palacio, é mandó llamar á Gandandel é á Brocadan é dijoles: «La razon que me siempre dejistes en el fecho de Madasima y de sus doncellas, agora es menester que la mantengais, é deis á entender á estos hombres buenos cómo no deben ser oídos.» E mandólos estar en un lugar donde los oyesen. Imosil de Borgoña é Ledaderin de Fajarque dijeron delante del Rey: «Nos y estos caballeros que aquí venimos, os pedimos en merced que mandeis oír á Madasima é á sus doncellas, porque entendemos que así lo debeis facer de derecho.» Gandandel dijo: «El derecho muchos son los que le razonan é pocos los que lo conocen; vos decís que deben estas doncellas de derecho ser oídas, lo cual de derecho no debe ser, pues sin condicion alguna se obligaron á la muerte, é así entraron en la prision del Rey; que si Ardan Canileo fuese muerto y vencido, le entregarían libremente toda la insola de Mongaza, é si no, que las matasen, é á los caballeros con ellas. Y ellos, despues de muerto Ardan Canileo, entregaron los castillos que tenían, é Gromadaza no quiere entregar lo que tiene; así que,

no hay ni puede haber razon para las excusar de morir.» Imosil dijo: «Ciertamente, Gandandel, excusado debia ser á vos delante de tan buen rey é tales caballeros razonar esto que aquí dejistes, pues que siendo tan contra derecho, que mas con dañada voluntad que por otra justa causa lo habeis dicho; que manifesto es á todos los que algo saben, que por cualquiera pleito que hombre ó mujer sobre sí ponga, si no es en caso de traición ó alevé, debe ser oído é juzgado á muerte ó á vida, segun la culpa que tovriere; é así se face en las tierras donde hay justicia, é lo al seria gran cruieza; y esto es lo que pedimos al Rey, que lo vea con estos hombres buenos que aquí son, é faga lo justo.» Gandandel le dijo que aquello era tan injusto, que se no podia mas decir, y que el Rey lo juzgase, pues que ya había oído las partes; é así quedó el negocio, y quedando allí el Rey é ciertos caballeros, todos los otros se fueron.

El Rey quisiera mucho que Argamonte, su tío, un conde muy honrado é de gran seso, dijera sobre ello su parecer; mas él gelo remitió á él, diciendo que ninguno sabia el derecho tan complidamente como él; é así lo hicieron todos los otros. Cuando esto el Rey vió dijo: «Pues en mí lo dejais, yo digo que me parece cosa guisada la razon de Imosil de Borgoña, que las doncellas deben ser oídas.—Ciertamente, Señor, dijo el Conde é todos los otros, vos determinais lo justo, é así se debe facer.» Entonces llamaron los caballeros é dijérongelo. E Imosil y Ledaderin le besaron las manos por ello, é dijeron: «Pues, Señor, si la vuestra merced fuere, mandad venir á Madasima é á sus doncellas, é salvarlas hemos con derecha razon, ó con armas si menester fuere.—Bien me place que así sea, dijo el Rey; é vengan las doncellas, y verémos si os otorgarán su razon.» E luego fueron por ellas, é vinieron delante del Rey con tan gran temor é tan apuestas, que no había allí hombre que gran piedad dellas no hobiese. Los doce caballeros de la insola Firme las tomaron por las manos, é á Madasima Agrájes é Florestan. Imosil é Ledaderin dijeron: «Señora Madasima, estos caballeros vienen por vos salvar de la muerte, é á vuestras doncellas. El Rey quiere saber si nos otorgais vuestra razon.» Ella dijo: «Señores, si razon de doncellas captivas é sin ventura puede ser otorgada, nosotras vos lo otorgamos, y en Dios é vos nos ponemos.—Pues que así es, dijo Imosil, agora venga quien quisiere decir contra vos; que si uno fuere, yo vos defenderé por razon ó por armas, é si mas, vengan fasta doce, que aquí serán respondidos.» Y el Rey miró á Gandandel é á Brocadan, é vió cómo tenían los ojos en el suelo, é muy desmayados, que no respondían; dijo á los caballeros de la insola Firme: «Id vos á vuestras posadas fasta mañana, y en tanto tomarán acuerdo los que vos querrán responder.» Entonces se fueron con Madasima fasta la prision, é desde allí á sus posadas, y el Rey tomó aparte á Gandandel é á Brocadan, é dijoles: «Muchas veces me habeis dicho é aconsejado que era justo de matar estas doncellas, y que vosotros lo defenderíades por derecha razon, é aun, si menester fuese, vuestros hijos por armas. Agora es tiempo que lo fagais; que yo, porque me parece hermosa é justa razon lo

que Imosil dice, no mandaré combatir ninguno de mi corte con estos caballeros; por ende poned remedio; si no, las doncellas serán libres, é yo no bien aconsejado de vosotros.» Y ellos le dijeron que luego de mañana vernían con recaudo, é fuéronse muy tristes á sus casas. E fué su acuerdo que porfiasen lo que comenzaran con buenas razones; mas á sus hijos no los poner en afrenta, porque su razon no era verdadera, y ellos no eran tales en armas como aquellos caballeros; mas esa noche llegó nueva al Rey cómo Gromadaza la gigante era muerta, é que mandó entregar los castillos al Rey por delibrar á su hija é sus doncellas, y que ya los tenia en su poder el conde Latine, de que hobo gran placer; é otro dia despues de la misa sentóse allí donde habia de juzgar, é vinieron ante él los doce caballeros, é dijoles: «De hoy mas no fableis en fecho de las doncellas; que vos sois quitos dél, é Madasima é sus doncellas son libres de muerte é de la prison; que yo tengo ya los castillos porque las tenia presas.» Desto hobieron muy gran placer Gandandel é Brocadan, por cuanto no esperaban sino gran deshonra, é luego mandó venir á Madasima é sus doncellas, é dijoles: «Vosotras sois libres é vos doy por quitas; faced lo que mas vos ploguiere; que yo tengo los castillos porque vos tenia.» E no le quiso decir cómo su madre era muerta. Madasima le quiso besar las manos, mas el Rey no quiso, como aquel que las nunca dió á dueña ni doncella sino cuando les facia alguna merced, é dijole: «Señor, pues que en mi libre poder me dejais, yo me pongo en el de mi señor don Galvanes, que á tanto trabajo se ha por mí puesto con sus amigos.» Agrájes la tomó por la mano, é dijo: «Mi buena señora, vos habeis fecho lo que debíades, é como quiera que agora seais de vuestra tierra desheredada, otra habeis en que honrada estéis hasta que Dios lo remedie.» Imosil dijo al Rey: «Señor, si á Madasima se le guarda derecho, no debe ser desheredada; que sabido es que los hijos que en poder de sus padres están, aunque les pese, han de facer su mandado; pero por eso no se pueden condenar á ser desheredados, pues que la obediencia mas que la voluntad los face obligar en lo que sus padres quieren; é pues que vos, Señor, estáis para dar á cada uno su derecho, obligado sois de lo facer de vos mismo por dar ejemplo á los otros.» Imosil, dijo el Rey, las doncellas teneis libres; en lo otro no fableis, porque de aquella tierra he habido muchos enojos; é agora que la tengo defenderla he, é no la puedo quitar á mi hija Leonoreta, á quien la dí.» Don Galvanes le dijo: «Señor, en aquel derecho que es de Madasima aquella tierra que fué de sus abuelos, en aquel só yo metido, é ruégoos que os membreis de algunos servicios que os fice, é no me querais desheredar, pues que yo quiero ser vuestro vasallo y en la vuestra merced, é serviros con ella lo mas lealmente é mejor que podiere. —Don Galvanes, dijo el Rey, no fableis en eso; que ya es fecho lo que se no puede desfacer. —Pues que así es, dijo él, que no me vale derecho ni mesura, yo punaré de la haber como mejor podiere, y que no entre en el vuestro señorío. —Faced lo que podierdes, dijo el Rey; que ya fué en poder de otros mas bravos que no vos, é mas ligero será de os la defender que fué

de la cobrar dellos. — Vos la teneis, dijo don Galvanes, por causa de aquel que ha mal galardón, el cual me ayudará á la cobrar.» El Rey dijo: «Si vos éy ayudare, muchos otros servirán á mí, que no servían por amor dél; que lo tenia en mi casa, é lo defendia dellos.» Agrájes, que estaba sañado, dijo: «Cierto, bien saben cuantos aquí están y otros muchos si fué Amadis por vos defendido, ó vos por él, aunque sois rey, y él, que siempre como caballero andante andovo.» Don Florestan, que vió á Agrájes con tanta saña, púsole la mano en el hombro é tirólo ya cuanto, é pasó adelante é dijo al Rey: «Parece, Señor, que en mas teneis los servicios desos que decis que los de Amadis; pues cerca estamos de mostrar la verdad dello.» Don Brian de Monjaste pasó por Florestan é dijo: «Aunque vos, Señor, en poco tengais los servicios de Amadis é de sus amigos, mucho han de valer aquellos que con razon los podiesen poner en olvido.» El Rey dijo: «Bien entiendo, don Brian, en vuestro semblante que sois uno de aquellos sus amigos. — Cierto, dijo él, sí soy; que el es mi cohermano é tengo de seguir en todo su voluntad. — Bien habrémos acá con qué os excusar, dijo el Rey. — Todo será menester, dijo él, para resistir lo que Amadis podrá facer.»

Entonces se llegaron de un cabo y de otro los caballeros para responder; mas el Rey tendió una vara que en la mano tenia, é mandóles que no fablasen mas en aquello, é todos se tornaron á sentar. Entonces llegó Angriote de Estravaus, é con él su sobrino Sarquiles, armado de todas armas, é llegaron al Rey á le besar las manos. Los doce caballeros fueron maravillados de su venida, que no sabian la causa della; mas Gandandel é Brocadan fueron en pavor puestos, é mirábanse uno á otro, así como aquellos que sabian lo que Angriote dellos ante dijera, é creian que por aquello venia; é aunque le tenian por el mejor caballero del señorío del Rey, esforzaronse para responderle, é llamaron á sus hijos cab'ellos, é mandaronles que no fablasen mas de lo que ellos les dijeren. Angriote fué delante del Rey é dijole: «Señor, manda venir aquí á Gandandel é á Brocadan, é decirles he tales cosas por donde vos é los que aquí están los conozcan mejor que fasta aquí.» El Rey los mandó venir, é todos se llegaron por ver qué sería aquello, é Angriote dijo: «Señor, sabed que estos Gandandel é Brocadan vos son desleales é falsos, que os aconsejaron mal é falsamente, no mirando á Dios ni á vos ni á Amadis, que tantas honras les fizo é nunca les erró, y ellos como malos os dijeron que Amadis andaba por se os alzar con la tierra; aquel que nunca su pensamiento fué sino en vos servir; é ficiéronvos perder el mejor hombre que nunca rey tuvo, é con él muchos otros buenos caballeros sin que gelo mereciesen. Así que, yo, Señor, delante de vos les digo que son malos é falsos é vos ficiéron gran traicion, fiando dellos vuestra hacienda; é si dijeren que no, yo gelo combatiré á ellos ambos, é si su edad los excusa, metan por sí sendos de sus hijos, que con el ayuda de Dios yo les faré conocer la deslealtad de sus padres; é que vos, buen Rey, así lo conozcais. — Señor, dijo Gandandel, ya veis cómo Angriote viene por deshonrar vuestra corte, y esto causa que dejais entrar en vuestra tierra los que no quieren

vuestro servicio, é si lo primero se remediara, no viniera á lo presente; é no os maravilleis, Señor, si Amadis viniere otro dia á desafiar á vos mismo. E si Angriote me tomara en aquel tiempo que yo con las armas fice muchos servicios en honra de vuestro reino á vuestro hermano el rey Falangris, no osara decir lo que dice; mas de que me ve viejo é flaco, atrévese como á cosa vencida, y esta mengua mas á vos que á mí atañe. — No, don malo, dijo Angriote; que ya vuestras falsas mezclas, pues que descubiertas son, no pueden dañar; que bastar deben en lo que con ellas el Rey posistes; que yo no vengo á revolver ni deshonrar á su corte, antes en su honra á sacar aquella mala simiente que á la buena de aquí echó.» Sarquiles dijo: «Señor, bien sabeis que las palabras que sobre esto vos hobe dicho, que no han pasado muchos dias, é por ellas conoceréis ser verdad lo que mi señor é mi tio Angriote dice; lo cual por mis orejas yo oí toda la maldad que estos dos malos ficiéron en os poner en sospecha contra Amadis é su linaje; é si dicen que no es así, é por viejos se excusan, respondan sus hijos, que son fuertes é mancebos, ellos tres á nosotros dos; é Dios mostrará la verdad, é allí se verá si son ellos tales que puedan excusar de vuestro servicio Amadis é á su linaje, como sus padres lo fablaban.»

Cuando los hijos deste vieron á su padre tan menguado de razon, é que todos los del palacio se reian de lo ver tan mal parado, metieronse con gran saña por entre la gente, desviando con fuerza á unos é á otros, é como fueron delante del Rey dijeron: «Señor, Angriote miente en cuanto ha dicho de nuestro padre é de Brocadan; é nos gelo combatirémos, é veis aquí nuestros gajes.» Y echaron en el regazo del Rey sendas luas, é Angriote le tendió la falda de la loriga é dijo: «Señor, veis aquí el mio, é luego se vayan armar, é vos, Señor, veréis la batalla.» El Rey dijo: «Lo mas del dia es ya pasado, que no hay tiempo de os combatir, é mañana despues de misa aparejad- os para la batalla, é poneros hemos en el campo.» Entonces llegó allí un caballero, que Adamas habia nombre, que era fijo de Brocadan é de la hermana de Gandandel, é como quiera que de gran cuerpo é valiente fuerza fuese, era muy villano de condicion; así que, todos se despagaban dél, é dijo al Rey: «Señor, digo que en todo lo que Sarquiles dijo mintió, é yo gelo combatiré mañana si con su tio en el campo osare entrar.» Sarquiles fué desto alegre, por se fallar en compañía de su tio, é dió luego su gaje al Rey que él queria la batalla. Entonces mandó el Rey que todos se fuesen á sus posadas, é así se fizo; que Angriote é Sarquiles se fueron con los doce caballeros, é llevaron consigo á Madasima é á sus doncellas, que ya de la Reina é de Oriana era despedida. E la Reina le mandó dar una tienda muy rica en que estoviese. El Rey quedó con don Grumedan é con Giontes, su sobrino, é mandó llamar á Gandandel é á Brocadan, é dijoles: «Muy maravillado soy de vosotros haberme dicho tantas veces que Amadis me queria facer traicion, é alzárseme con la tierra; é agora, que tanto la prueba dello era necesaria, así lo dejastes caer, é habeis puesto á vuestros hijos pleito que no saben la justicia que de su parte tienen; mucho habeis errado á Dios é á mí; y

en gran mal me metistes, en me facer perder tal hombre é tales caballeros; é vosotros no quedaréis sin pena, porque aquel justo Juez la dará á quien la merece. — Señor, dijo Gandandel, mis hijos se adelantaron, pensando que la prueba tardaria. — Cierto, dijo Grumedan, ellos pensaron verdad, porque no hay ni habrá ninguna contra Amadis en esto ni en otra cosa en que al Rey errado haya; é si vosotros lo sospechais, fué contra razon; que aun los diablos del infierno no lo podieran pensar; é si el Rey os cortase mil cabezas que toviédeses, no sería vengado del daño que le fecistes; pero vosotros quedaréis, é quiera Dios que no sea para mas mal, é los cuitados de vuestros hijos padecerán la culpa vuestra. — Don Grumedan, dijeron ellos, aunque vos así lo tengais é lo querriades, esperanza tenemos que nuestros hijos sacarán adelante nuestras honras é las suyas. — Dios no me salve, dijo Grumedan, si yo mas lo querria de cuanto el consejo, bueno ó malo, que al Rey distes lo merece.» Entonces les mandó el Rey que no fablasen en ello mas, pues que era ya excusado, é fuése á comer, é los otros á sus casas.

Esa noche aderezaron los unos é los otros sus armas é sus caballos, é Angriote é Sarquiles velaron la media noche arriba en una ermita de santa María, que allí cabe sus tiendas era, é al alba del dia armáronse todos los doce caballeros, que recelaban del Rey, porque le veian sañado contra ellos, é tomaron consigo á Madasima é sus doncellas en sus palafrenes, cada uno la suya, é Angriote é Sarquiles delante dellos, é así entraron por la villa é se fueron al campo donde la batalla habia de ser; que ya el Rey é todos los caballeros é otras gentes allí estaban, é tres jueces para la juzgar: el uno era el rey Arban de Norgales, y el otro Giontes, sobrino del Rey, y el tercero Quinorante, el buen justador; é tomaron á Angriote é Sarquiles, é pusieronlos á un cabo del campo; é luego vinieron Tarin é Corian, los dos hermanos, é Adamas, el cohermano, y entraron en el campo muy bien armados y en fermosos caballos, en disposicion de facer todo bien si la maldad de sus padres no gelo estorbara; é puestos los unos contra los otros, Giontes tocó una trompa que tenia, é los caballeros movieron al mas correr de sus caballos, é Corian é Tarin enderezaron á Angriote, é Adamas á Sarquiles, é Tarin firió á Angriote de tal encuentro, que la lanza voló en piezas; é Angriote encontró á Corian en el escudo tan bravamente, que le lanzó por cima de las ancas del caballo, é cuando tornó á Tarin, viólo estar con la espada en la mano, é como vió á su hermano en el suelo, fué con saña contra Angriote, é cuidó lo ferir en el yelmo; mas echó ante el golpe de manera, que dió al caballo en la cabeza un gran golpe, é cortóle un pedazo della é las cabezadas; así que, el freno se le cayó en los pechos; é como llegó desapoderado, así venia para él Angriote, é topáronse con los escudos uno con otro tan fuertemente, que Tarin fué á tierra desacordado; é Angriote, que así vió el caballo, saltó dél lo mas presto que pudo, como aquel que ligero é valiente era, é se habia muchas veces visto en semejantes peligros; é como fué á pié, abrazó su escudo é puso mano á su espada, con la cual muchos é grandes golpes ya otras veces diera, é fuése yendo contra los dos hermanos que

juntos estaban, é vió cómo su sobrino Sarquiles se combatía con Adamas á caballo de las espadas bravamente; é llegando á ellos, tomáronle en medio é firiéronle de grandes golpes, como aquellos que eran valientes é de gran fuerza; mas Angriote se defendía, poniendo al uno el escudo é al otro con el espada, de manera que los facia revolver, que no alcanzaba golpe en lleno que las armas no derribase fasta tierra; que, como se vos ha dicho, este caballero era el mejor feridor de espada que ninguno de los caballeros del señorío del Rey. Así que, en poco rato los paró tales, que los escudos eran fechos rajados é las lorigas rotas por muchos logares, que la sangre salía por ellos; pero él no estaba tan sano, que muchas llagas no toviese, é mucha sangre se le iba. Sarquiles, cuando así vió á su tío, y que él no podía vencer á Adamas, quiso poner en toda aventura, é puso las espuelas muy reciamente á su caballo, é juntó con él á brazos, é andovieron asidos una pieza, trabajando por se derribar; é como Angriote así los vió, llegóse lo mas presto que pudo contra ellos por socorrer á Sarquiles si debajo cayese, é los dos hermanos siguiéronle cuanto podían por socorrer á su hermano. En esto los dos caballeros cayeron abrazados en el suelo, é allí viéronse una gran priesa entre ellos, Angriote por socorrer á su sobrino, é los otros á su cohermano; mas aquella hora facia Angriote maravillas en armas, en dar tan duros é tan terribles y esquivos golpes, que, por mucho que hicieron los dos hermanos, no pudieron tanto resistir, que Adamas pudiese salir de las manos de

Sarquiles. Cuando Gandandel é Brocadan esto vieron, que fasta allí tenían esperanza que la fuerza de sus hijos sosternía aquello que con gran maldad ellos urdieran, quitáronse de la ventana con gran dolor é angustia de sus corazones; é así lo fizo el Rey, que de toda la buena andanza de aquellos que amigos eran de Amadís le pesaba, é no quiso ver el vencimiento é muerte de aquellos ni la vitoria de Angriote; mas todos los que allí estaban habian dello mucho placer, porque en este mundo pagasen aquellos malos Gandandel é Brocadan algo de la culpa que mereciesen; mas los cuatro caballeros que en el campo estaban no entendian sino en se ferir por todas partes de grandes golpes; pero no duró mucho, que Angriote é Sarquiles cargaron de tantos golpes á los dos hermanos, que ya no tenían defensa alguna ni facian sino retraerse, buscando alguna guarida, é no la fallando, daban algunos golpes é tornaban á fuir, pensando de se valer por salvarse las vidas; mas en el cabo fueron derribados, no pudiendo sufrir los golpes que sus enemigos les daban, é fueron muertos por sus manos, con mucho placer de la muy hermosa Madasima é de los caballeros de la insola Firme, é mas de Oriana é de Mabilia, que nunca cesaban de rogar á Dios por ellos que les diese aquella vitoria que habian alcanzado. Entonces Angriote preguntó á los jueces si había mas de hacer. Ellos le dijeron que asaz había fecho para cumplimiento de su honra; é sacándolos del campo, los tomaron sus compañeros, é con Madasima se tornaron á sus tiendas, donde los hicieron de sus llagas curar.

ACÁBASE EL SEGUNDO LIBRO DE AMADÍS DE GAULA.

SUMARIO DEL TERCERO LIBRO DE AMADÍS DE GAULA,

EN EL CUAL SE CUENTA DE LAS GRANDES DISCORDIAS É ZIZANAS QUE EN LA CASA É CORTE DEL REY LISUARTE HUBO POR EL MAL CONSEJO QUE GANDANDEL DIÓ AL REY POR DAÑAR Á AMADÍS Y Á SUS PARIENTES É AMIGOS; PARA EN COMIENZO DE LO CUAL, MANDÓ EL REY Á ANGRIOTE É Á SU SOBRINO QUE SALIESEN DE SU CORTE Y SUS SEÑORÍOS, Y LOS ENVIÓ Á DESAFIAR, Y ELLOS LE TORNARON LA CONFIRMACION DEL DESAFÍO, COMO ADELANTE SE CONTARÁ.

INTRODUCCION.

CUENTA la historia que seyendo muertos los hijos de Gandandel é Brocadan por la mano de Angriote de Estravaus y de su sobrino Sarquiles (como habeis oído), los doce caballeros con Madasima con mucha alegría los llevaron á sus tiendas; mas el rey Lisuarte, que de la finiestra se quitó por los no ver morir, no por él bien que los quería, que ya como á sus padres los tenía por malos, mas por la honra que dello Amadís alcanzaba con algún menoscabo de su corte; pasando algunos dias que supo cómo Angriote é su sobrino estaban mejores de sus llagas, que podían cabalgar, enviólos á decir que se fuesen de sus reinos y que no andoviesen mas por ellos; si no, que él lo mandaria remediar; de lo cual muy quejados aquellos caballe-

ros, grandes quejas mostraron dello á don Grumedan é á otros caballeros de la corte que allí por les hacer honra los iban á ver, especialmente don Brian de Monjaste y Gavarte de Val Temeroso, diciendo que, pues el Rey, olvidando los grandes servicios que le hicieron, así los trataba y extrañaba de sí, que se no maravillase si tornados al contrario, pesase en mayor cantidad lo por venir que lo pasado; y levantando sus tiendas, recogida toda su compañía, en el camino de la insola Firme se posieron; é al tercero dia fallaron en una ermita á Gandeza, la sobrina de Brocadan é amiga de Sarquiles, aquella que le tuvo encerrado donde oyó é supo toda la maldad que su tío Gandandel contra Amadís urdiera, así como ya es contado; la cual fuyó de miedo que por ello hobo; é hobieron mucho placer con ella, en especial Sarquiles, que la mucho amaba;

é tomándola consigo, continuaron su camino. El rey Lisuarte, que por no ver la buena ventura de Angriote é su sobrino se quitó de la finiestra, como se ha dicho, entróse á su palacio muy sañado, porque las cosas se iban haciendo á la honra y prez de Amadís y de sus amigos; é allí se fallaron don Grumedan é los otros caballeros, que venian de salir con los que á la insola Firme iban, é dijéronle todo lo que les habian dicho y la queja que dél llevaban; lo cual en mucha mas saña é alteracion le puso, é dijo: «Aunque el sufrimiento es una discrecion muy preciada y en todas las mas cosas provechosa, algunas veces da gran ocasion á mayores yerros, así como con estos caballeros me conteece, que si como ellos de mí se apartaron, me apartara yo de les mostrar buena voluntad y el gesto amoroso, no fueran osados, no solamente decir aquello que os dijeron, mas ni aun venir á mi corte ni entrar en mi tierra; pero, como yo fize lo que la razon me obligaba, así Dios terná por bien en el cabo de me dar la honra, y á ellos la paga de su locura; é quiero que luego me los vayan á desafiar, é Amadís con ellos, por quien todos se mandan; é allí se mostrará lo que sus soberbias bastan.» Arban, rey de Norgales, que amaba el servicio del Rey, le dijo: «Señor, mucho debeis mirar esto que decis antes que se haga, así por el gran valor de aquellos caballeros, que tanto pueden, como por haber mostrado Dios tan claramente ser la justicia de su parte; que si así no fuera, aunque Angriote es buen caballero, no se partiera de los dos hijos de Gandandel, que por tan valientes y esforzados eran tenidos, de tal forma, ni Sarquiles de Adamas, como se partió; por donde parece que la gran razon que mantenian les dió é otorgó aquella vitoria; y por esto, Señor, ternia yo por bien que se tornasen para vuestro servicio; que no es pro de ningún rey trabar guerra con los suyos, pudiéndola excusar; que todos los daños que de la una parte á otra se facen, é las gentes é haberes que se pierden, el Rey lo pierde sin ganar honra ninguna en vencer ni sobrar á sus vasallos, é muchas veces de tales discordias se causan grandes daños, que se da ocasion de poner en nuevos pensamientos á los reyes é grandes señores comarcanos, que con alguna premia de sujecion estaban, de trabajar de salir della, é cobrar en lo presente mucho mas de lo que en lo pasado perdido tenían; é lo que mas se debe temer, es no dar lugar á que los vasallos pierdan el temor é la vergüenza á sus señores, que gobernándolos con templada discrecion, sojuzgándolos con mas amor que temor, pueden los tener é mandar como el buen pastor al ganado; mas si mas premia que pueden sufrir les ponen, acaece muchas veces saltar todos por do el primero salta, é cuando el yerro es conocido, ser la emienda dificultosa de recibir; así que, Señor, agora es tiempo de lo remediar, antes que mas la saña se encienda; que Amadís es tan homilde en vuestras cosas, que con poca premia lo podeis cobrar, é con él á todos aquellos que por él de vos se partieron.» El Rey le dijo: «Bien decis en todo; mas yo no daré aquello que dí á mi hija Leonoreta, que ellos me demandaron; ni su poder, aunque grande es, no es nada con el mio; é no me fableis mas en esto, mas aderezad armas é caballos pa-

ra me servir, y de mañana partirá Cendil de Ganota para los desafiar á la insola Firme.—En el nombre de Dios, dijeron ellos, y él haga lo que tuviere por bien, é nosotros os serviremos.»

Entonces se fueron á sus posadas, y el Rey quedó en su palacio. Gandandel é Brocadan, sabréis que, como vieron sus hijos muertos, y ellos haber perdido este mundo y el otro, recibiendo aquello que en nuestros tiempos otros muchos semejantes no reciben, guardándolos Dios ó por su piedad para que se emienden, ó por su justicia para que junto lo paguen, no se emendando sin les quedar redencion, acordaron de se ir á una insola pequeña que habia Gandandel, de poca poblacion, é tomando sus muertos hijos é sus mujeres é compañías, se metieron en dos barcas que tenían para pasar á la insola de Mongaza, si Gromadaza la gigante no entregara los castillos; é con muchas lágrimas de todos ellos, é maldiciones de los que los veian ir, movieron del puerto, y llegaron donde mas la historia no hace mencion dellos; pero puédese con razon creer que aquellos que las malas obras acompañan fasta la vejez, que con ellas dan fin á sus dias, si la gracia del muy alto Señor mas por su santa misericordia que por sus méritos no les viene, para que con tiempo sean reparados. Fizo pues el rey Lisuarte juntar en su palacio todos los grandes señores de su corte é los caballeros de menor estado; y quejándose de Amadís y de sus amigos de las soberbias que contra él habian dicho, les rogó que dello se doliesen así como él lo facia en las cosas que á ellos tocaba. Todos le dijeron que le servirian como á su señor en lo que les mandase. Entonces él llamó á Cendil de Ganota é dijo: «Cabalgad luego, é con una carta de creencia id á la insola Firme, y desafiadme á Amadís é á todos aquellos que la razon de don Galvanes mantener querrán, é decidles que se guarden de mí; que si puedo, yo les destruiré los cuerpos é los haberes do quiera que los falle, y que así lo farán todos los de mis señoríos.» Don Cendil, tomando recaudo, armado en su caballo, se puso luego en el camino, como aquel que deseaba cumplir mandado de su señor. El Rey estuvo allí algunos dias, y partióse para una villa suya, que Gracedonia habia nombre, porque era muy viciosa de todas las cosas, de que mucho plogo á Oriana é á Mabilia, por ser cerca de Miraflores; y esto era porque se le acortaba á Oriana el tiempo en que debía parir, y pensaban que de allí mejor que de otra parte pornian en ello remedio. Et los doce caballeros que llevaban á Madasima andovieron por sus jornadas sin entrevale alguno fasta que llegaron á dos leguas de la insola Firme, é allí cabe una ribera fallaron á Amadís, que les atendia con fasta dos mill é trecientos caballeros muy bien armados y enca-balgados, que los recibió con mucho placer, haciendo é mostrando gran amor é acatamiento á Madasima, é abrazando muchas veces Amadís á Angriote, que por un mensajero de su hermano don Florestan sabia ya todo lo que les aviniera en la batalla; et así estando juntos con mucho placer, vieron descender por un camino de un alto monte á don Cendil de Ganota, caballero del rey Lisuarte, el que los venia á desafiar.